



EL SAINETE,

PERIODICO IMPOLITICO.

LAS OCHO DE LA NOCHE.

Las grandes poblaciones tienen como los que en ellas habitan, horas de trabajo y horas de descanso, ratos de agitación y ratos de calma, momentos de bulliciosa y algazara y momentos de profundo silencio, intervalos de febril desasosiego é intervalos de tranquilo reposo y pacífica quietud.

Madrid, este Madrid alegre y bullidor que vive mas en la calle que en las habitaciones, que gime y se entristece cuando las lluvias ó las nieves le encierran entre los cristales de sus balcones, y salta y brinca gozoso cuando el sol se abre paso por entre las enmarañadas nubes, seca la tierra y llena de luz y de esplendor el Retiro, el Prado y la Castellana, brindando á los madrileños á gozar de esos dias hermosos, rasgados y serenos que solo en Madrid se disfrutan: Madrid, este Madrid tiene tambien sus horas predilectas y especiales; tiene horas para todo y para todos.

Verdad es, sin embargo, que no marchan en uniformidad para todos sus habitantes: así que cuando para unos es la hora de despertar, para otros es hora de suspender el trabajo de la mañana; cuando estos aprestan la comida, aquellos terminan el desayuno; y cuando muchos se entregan al nocturno reposo, algunos empiezan á aprovechar el dia.

No obstante eso y como los estremos se tocan, hay horas comunes para todos; horas en que, si bien por diferente concepto y de seguro por contrarias causas, se encuentran á la par los unos y los otros; los que van con los que vienen, los que empiezan con los que acaban: horas en que las calles se llenan de toda clase de gente que confundida y numerosa lleva el movimiento y la vida de un lado á otro; sangre que circulando por las arterias de sus calles, dá á Madrid ese aspecto de satisfaccion y actividad, que tanto caracteriza á sus habitantes y que en tan alto grado halaga y atrae al forastero.

Es verdad que en Madrid á todas horas y en todos sitios transita gente en abundancia, y que sus calles principales son vias que á ninguna hora se encuentran solas; pero hay horas de horas, y una de ellas es sin disputa de ocho á nueve de la noche. La Puerta del Sol, centro en que confluyen las principales calles, puede servirnos de ejemplo; si bien hayamos escogido el sitio mas concurrido á todas horas, y el que dificilmente podrá verse desocupado y abandonado. Nosotros hemos pasado por la Puerta del Sol á todas horas y en todos tiempos, y de noche como de dia, en invierno como en verano, siempre hemos hallado en ella gente parada y que sin duda se ocupaba en hacer tiempo.

Recordamos una noche que por circunstancias especiales

y contra nuestra costumbre, nos hallábamos en ella á hora tan avanzada de la noche, que los faroles apagados ya y el silencio que do quier reinaba, daban á Madrid esa imponente tranquilidad que es el reposo de las grandes ciudades; una vaga lucecilla que brillaba en la pared frente al principal, nos hizo encaminar hácia allí nuestros pasos, juzgando seria el farol de un sereno á quien preguntar la hora y de quien hacernos acompañar hasta nuestra morada. Cuál seria nuestra sorpresa cuando al acercarnos vimos era la luz de un fosforeo, que amparado del quicio de una puerta arrostraba la lluvia y el frio de la noche, y al sentir nuestras pisadas decia, con voz temblorosa por el frio, «fósforos y papel». No creimos deber pasar por su lado sin hacer algun gasto en su mezquino comercio, y aun resuenan en nuestros oidos las repetidas gracias que nos dirigió el muchacho al pagarle con esceso una caja de cerillas. Cuantas veces hemos pasado despues por la Puerta del Sol en ocasion de grandes festividades que atraian á ella la multitud, hemos recordado el pobre fosforero que, helado de frio, murmuraba en una noche de invierno y en medio de la soledad: «fósforos y papel.»

Pero esta misma Puerta del Sol á todas horas tan animada y concurrida, tiene tambien sus horas especiales. No tratamos de describir las diversas fases que toma en las diversas horas del dia, seria materia mas larga de lo que permiten los estrechos limites de este artículo; nos basta con una, y aun despues de emborronar algunas cuartillas no habremos hecho mas que bosquejar el cuadro á que pincel mejor que el nuestro pudiera dar entonacion y colorido cual merece.

Las primeras horas de la noche son horas indeterminadas y vagas, horas de transicion que unos emplean en comer, otros en terminar sus tareas, todos en arreglar sus operaciones de manera que puedan haberlas concluido antes de las ocho. A proporcion que esta hora se vá aproximando, vá creciendo la animacion en las calles y se siente ya como el rumor precursor del gran movimiento. Sin embargo, hasta las ocho no tomará incremento aquella animacion; dirijámonos, pues, á la calle de la Montera, que la hora se acerca y no hay tiempo que perder.

El reloj de la Puerta del Sol despide acompasadamente una tras otra ocho campanadas: la hora ha sonado, la escena cambia por completo. Los primeros á lanzarse al movimiento porque han dado las ocho, son los coches-correos; el chasquido de los látigos, de los zagales, los gritos con que estos animan el ganado, el ruido mismo de los vehiculos al dirigirse rápidamente á su destino forman la obertura; entran luego en escena los serenitos, que, chuzo en ristre, empiezan á ejercer sus funciones de vigilancia desde las ocho, mezclados con los chicos que salen de la academia porque han dado las ocho, y con algunos soldados y sargentos cuyo permiso de permanecer fuera del cuartel no se estiende mas que hasta las ocho.

Los cafés renuevan á esta hora el personal en casi su totalidad: los abonados de las primeras horas se levantan para dirigirse á los teatros ó á las tertulias de segundo orden que empiezan á las ocho dejando libre el campo á los parroquianos, cuyas ocupaciones ó gusto especial no les lleva al café hasta esta hora y que vienen á ocupar sus particulares y señaladas mesas porque han dado las ocho.

Los teatros se llenan en breves momentos de gente que se dirige á ellos á toda prisa porque son las ocho, y que se

impacienta si la funcion no comienza inmediatamente á su llegada, siendo así que han dado ya las ocho.

El toque de corneta y el redoble del tambor que bate re-treta al ser las ocho, se confunden en el espacio con el eco grave y pausado del toque de ánimas de las campanas parroquiales; y el corneta como el tambor, el campanero como el sacristan, descansan desde las ocho de la noche hasta la aurora del nuevo dia, que ambos saludarán con las campanadas del ángelus y el toque de diana.

Falta aun la parte mas esencial del movimiento de las ocho; el Madrid obrero, ese gran número de artesanos [que al dar las ocho suspenden sus trabajos, cierran sus obradores y talleres y se lanzan á la calle, unos en busca de alguna distraccion, otros á continuar en su modesta vivienda el trabajo aplazado de la noche anterior; todos á aumentar y tomar parte en el movimiento general de las ocho.

Colocaos á esa hora en la esquina que forman las calles del Carmen y Montera, y fijad la vista con alguna detencion en esa muchedumbre que sube para bajar despues; se aprieta para luego ensancharse, se codea, se empuja, se divide por intervalos para reunirse y formar ese negro y espeso cordon que cubre las aceras derecha é izquierda de las calles de la Montera y de Carretas. Por corto que sea el tiempo que os detengais, vereis cruzar ante vuestros ojos mezclados y casi confundidos todos los tipos matritenses, desde el opulento aristócrata de sangre ó de dinero que se hace conducir por su lujoso carruaje al Teatro Real, hasta el haraposo y porfiado mendigo que á pesar del municipal enclavado en la esquina de enfrente, os molesta y asedia para que le deis una limosna.

Cada figura de aquel gran cuadro podria dar materia para una comedia, y tal vez para un drama; cada transeunte, que no pasa de ser un miserable comparsa en la gran comedia humana, es tal vez el protagonista de algun drama oculto en las tinieblas del silencio, y que hiciera estremecer de compasion ó de terror á los que pasan á su lado, si les fueran conocidas las escenas que encubre el velo del misterio. Esa pareja, que íntimamente unida del brazo sale del café y se dirige á paso menudo y apresurado hácia el teatro, sonriendo y hablando en voz baja, es la luna de miel; aquella otra pareja que marcha tambien de prisa, pero en silencio, preocupada y revelando en sus rostros el hastio y el disgusto que les abruma, es el reverso de la medalla: éste, que embozado en su capa se pasea lentamente por delante de las iluminadas tiendas, talareando en voz baja, es un amante venturoso que espera el paso de su adorado tormento, y entretiene el tiempo mirando los escaparates de bisuteria, dando no poco en qué pensar á aquel embozado que, recatado el semblante y oculto entre las sombras de un portal, espía á una muger ingrata, tal vez á una esposa infiel: el otro.... pero, ¿á qué cansarnos en enumerar lo que cada cual puede comprobar por si mismo? Sitúese el curioso en el observatorio de la calle de la Montera de ocho á nueve de la noche, seguro de que no le faltará materia para hacer sobre ella largos y muy particulares comentarios; sin embargo, si no fuese dado á estudios sociales ni consideraciones filosóficas, distraiga su atencion con el paso de las graciosas modistas que á esa hora abandonan el trabajo, alegres y contentas si despues de doce horas de labor encuentran al revolver la esquina el hombre por quien entre puntada y puntada lanzaban un suspiro, y dirigian sus ojos al reloj de la maestra.

Si entre las numerosas que se cruzan en aquel sitio y aquella hora pasa alguna morena vivaracha, de ojos negros y bullidores, pié menudo calzado con bonita bota y el manto recogido á la cintura sobre el pañolón de abrigo, acérquese, díjala que es bonita aunque ella ya lo sepa, y entablado discusión particular acompáñela, que no lo perderá y podrá decir, con harto fundadas razones, que en Madrid es la hora de mas provecho y la mas aprovechable las ocho de la noche.

M. F. VILLABRILLE.

BROMAS DE CARNAVAL.

Es el carnaval época de regocijo, en la que cediendo á las exigencias populares, la persona mas intolerante tiene que aguantar por esas calles ciertas chanzas pesadas, que se gastan bajo el pretexto de broma, algunas de las cuales, sin embargo, han tenido que ser prohibidas por los bandos de la policía.

En el centro de la población, la cultura ha desterrado poco á poco este género de distracciones; pero en los barrios bajos, allí campean todavía, y allí suelen los transeúntes ser saludados con algún geringazo de agua no muy limpia, ó asustados con algún sonoro regigazo sobre la espalda. Los pilletes estampan mazas de yeso en los vestidos, y acechan tanto á la vieja ridícula como al mas entonado petimetre, para deslizarse de puntillas y colgarles un prolongado rabo de filachos de trapo ó tiras de papel, aumentando la burla y llamando la atención de la víctima con las consabidas palabras de *saca el rabo, que te lleva*, etc.

Otra de las diversioncitas, es henchir de ceniza ó de harina un guante de punto y atarle al extremo de un palo. En esta disposición se apodera del arma alguna desenvuelta mozuela, y toca con ella suavemente en el hombro de la persona desprevenida á quien quiere chasquear, y al volverse para ver quién le llama, le estampa poco cariñosamente la manopla en el rostro, dejándosele bonitamente empolvado. Por supuesto que todas estas bromas se celebran con grande algazará de las personas que están en acecho, y sin perjuicio del acompañamiento de concerros que hay preparados en sitio oportuno. Suenan tambien estos estrepitosamente cuando algun codicioso se baja á cojer la llave ó la moneda que en el suelo está clavada con toda malicia, y para probar que no todas las bromas son tan inocentes como estas, y que entre ellas suele deslizarse algun petardo mas serio, baste referir el hecho siguiente:

Un lugareño de esos que vienen á la coronada villa, cual á otra tierra de promisión, al pasar por una de las calles mas concurridas, vió brillar en el suelo nada menos que media onza de oro, moneda á la verdad muy superior á los duros con que le habian dicho estaba empedrado Madrid. Ver el forastero la moneda y avalanzarse sobre ella, fué todo obra de un instante; pero otra mano además de la suya llegó casi á tocar la media onza.

—Démela V. que es mia, y hace rato que la ando buscando.

—¡Pues no faltaba mas! exclamó el forastero, apretando su moneda y resistiéndose contra aquel perillan tan bruscamente sobrevenido.

—¡Le digo á V. que es mia!

—¡Eso á mí no me consta!

—¡Que sí! ¡que no! Se arma disputa y empieza á reunirse la gente. Al fin para zanjar la contienda, se avienen á partir por mitad el hallazgo; pero el lugareño solo llevaba consigo tres napoleones. El otro pretendiente se aviene al instante á tomarlos, los agarra en efecto, y desaparece con prontitud. El forastero se retira triunfante; pero la gente que ha acudido á admirar su buena suerte y á ver la moneda, cambia bien pronto su alegría en desesperación: ¡la media onza de oro era falsa!

A LA LUNA.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda

(ESTRONCEBA, A la noche.)

Cuán dulce es admirarte, luna hermosa,
Solitaria siguiendo tu carrera,
Y con tus rayos, triste y vagorosa,
Iluminar el monte y la pradera!
¡Cuánto placer de un alma venturosa
Al contemplar tus rayos se apodera,
Y á la que gime en triste desconsuelo
Cual te apresuras á calmar su duelo!

Cuando, feliz, en mi niñez veía
Tu disco aparecer allá en el Cielo,
Al contemplarte alegre, te creía
Astro de vida solo y de consuelo;
Entonces, cuando el alma no tenía
Ni delirios, ni encantos, ni desvelo,
Yo te buscaba ansioso y en tí hallaba
La virgen pura que mi mente amaba!

Hoy, hombre, ya te miro, y á cantarte
Se lanza ufana la atrevida mente,
En desiguales versos á pintarte,
Y á levantar á tí su voz doliente;
Mi corazón se goza en admirarte
Cuando la esfera cruzas, y luciente,
En tanto que la noche el mundo vela,
Tu luz de plata sobre el mar riela!

Y si, en noche serena, tu luz pura
El prado baña y la floresta amena,
Iluminando triste la espesura,
De altas encinas y de robles llena,
Y el arroyuelo alegre te murmura,
Romplendo su cristal sobre la arena,
Mi corazón te admira enamorado
Cual ángel bueno del Señor enviado!

A tí eleva su canto el marinero
Tras las borrascas de la mar sombría,
Mientras tus rayos marcan el sendero
Que hacía el ansiado puerto al barco guía;
A tí su voz levanta el prisionero
Desde su cárcel tenebrosa y fría,
Y te admira el pastor en su cabaña
Mientras tu lumbre la pradera baña!

Y el trovador tambien te busca, y canta
A tu lumbre fugaz el bien que adora,
Y sus ojos, humilde, á tí levanta
La triste virgen que sus males llora!
Y tú consuelas desventura tanta
Siguiendo tu carrera seductora,
Esparciendo en el mundo bellas flores,
Encantada deidad de los amores!

Pura luz de los cielos! Astro hermoso
Que señala la senda al peregrino,
Tú me dices: «Tú Dios es poderoso.»
Y humilde ante mi Dios mi frente inclino.
¿Quién, sino Dios, tu paso misterioso
Pudo marcar ¡oh luna! y tu destino?
Obra augusta y feliz de su alta ciencia
Que adoro sin cesar en mi conciencia!

Cuando, formando el mundo de la nada,
Dió al hombre ser y á la natura vida,
Te dió esa luz tan pura y argentada
Que silenciosa á calma nos convida;
Desde entonces la senda señalada
Tienes que sigues y será seguida,
Hasta que rota la celeste esfera
Tu luz hermosa destrozada muera.

J. RAMON OSÉS.

EPIGRAMA.

Teniendo yo una escalera
A Elisa, chica muy lista,
Díjome: «si V. subiera
Viera qué punto de vista.»
Mas yo con cierta sonrisa
Respondí con desparpajo:
«No lo crea V. Elisa,
Hay mejor vista aquí abajo.»

SELIM.

LA PAPALINA DE SU ABUELA.

CUENTO.

(Continuación).

—¿Qué exiges de mí, Caralampio? Contestó con la voz entrecortada y los ojillos brillantes, reuniéndose mas y mas para ocultar su rubor entre los encárges del lecho.

—Perdóname, Eustaquia mia, que te abandone en la misma noche de nuestras bodas: pero tengo hecha desde muy antiguo solemne promesa de conservar mi estado hasta la cuarta noche de mi matrimonio. Ya puedes calcular el sentimiento que me causa verme privado de tus amantes caricias, que son mi único anhelo; pero, por mas doloroso que sea, es forzoso cumplir lo prometido. Adios, esposa mia, veo que, si me detengo, mi resolucion vacila. Pasaré la noche sin embargo, muy cerca de tí, en la alcobita de mi despacho. Adios.... adios.

Y se fué.

Doña Eustaquia no contestó una palabra, porque el terror que le causára la noticia habia dejado su respiracion cortada, su garganta comprimida, sus narices aleteando y la lengua pegada al paladar.

Al fin como una hiena se incorporó furiosa y tornó luego á dejarse caer abatida. Tosió, estornudó, suspiró, quiso gritar, hizo crujir cien veces los muelles de la cama con sus violentas contorsiones; todo inútil. Caralampio habia desaparecido y la triste desposada se encontraba solitaria en el tálamo nupcial.

Dejémosla abandonada á su impotente rabia, y acompañemos algunos instantes al esposo.

No hay rosas sin espinas, ni goce que no empañe el ponzoso aliento de la tristeza ó del dolor. Corre el hombre en pos de una ilusion querida, que apenas imaginá realizar: en incesante vértigo se afana y agita sin descanso por alcanzar el soñado fantasma, y tiembla

medroso á la idea de que se le desvanezca como una sombra antes de tocarlo con sus manos. Pero llega al fin un dia en que satisface su anhelo, logra sus aspiraciones; posee lo que ambicionaba, y entonces, en vez de enloquecerse con su dicha se estremece en indefinible inquietud, experimenta terrores estraños, comienza á sentir un hastío insoportable y concluye por serle repugnante y hasta irresistible el mismo objeto de su afán.

Estas y otras semejantes reflexiones bullian en la imaginacion del casto esposo de Doña Eustaquia, mientras se desnudaba pausadamente en el solitario aposento.

—Cómo puedo yo resignarme, exclamaba con exaltacion, á hacer el papel de marido con una empachosa vieja, que en mal hora creyera como sendas verdades la ridícula comedia de mis mentidos amores. ¡Maldita pasion del oro! Y ya no hay remedio: soy su marido... y... pero no: aun tengo tiempo: en tres dias se puede hacer algo. ¡Oh! si logro lo que intento, vas á morir de rabia mientras yo soy feliz con tu oro en países estraños. Pero en tres dias... muy deprimida es necesario andar... En fin: durmamos. Mañana empezará el plan de ataque.

Caralampio acabó de desnudarse, corrió el pasador á la puerta, apagó la luz y envainó su cuerpo entre las sábanas.

Y se durmió á los pocos momentos como un bienaventurado. Pero estaba escrito que aquella noche habia de ser una noche de amarguras para el pobre esposo. Caralampio soñó y su sueño fué una horrible pesadilla.

Se le figuraba que la habitacion se iba inundando poco á poco de una luz siniestra, que escuchaba junto á su oído el ronco estertor de un moribundo, que el cielo raso de su alcoba se iba rasgando con lentitud sin desmoronarse ni hacer ruido, que por allí penetraba otra luz mas viva; y luego veia la antorcha que producía aquella luz, y la mano descarnada de un esqueleto que la agitaba convulsiva, y á través de sus resplandores descubria unos ojos que fijaban en los suyos su mirada de fuego; y aquellos ojos centelleantes estaban incrustados en una sucia calavera alrededor de la cual flotaba una parda nube.

Caralampio apretó con afán sus párpados para perder de vista la vision horrible. Consiguíólo en efecto: pero un cantar estravagante, lento y monótono como un eco fúnebre y lastimero de la otra vida resonó pausadamente en sus oídos. Tapólos con sus manos y dejó de oír entonces; mas en el mismo instante sintió que una mano invisible levantaba la ropa de su lecho y se posaba sobre su corazon oprimiéndolo convulsiva; y el tacto de aquella mano, ora ardiente y abrasador como el de un hierro encendido, ora frio y galvánico como el de un cuerpo sin alma, le helaba de espanto.

Hizo un esfuerzo; estendió con furor sus brazos para rechazar aquel fantasma, y sus brazos se enredaron con los descarnados brazos del esqueleto. Gritó horrorizado: sacudió la cabeza con energía para desvanecer los vapores del pesado ensueño, abrió por fin sus ojos y se estremeció al ver que en realidad habia luz aunque opaca y moribunda dentro de su cuarto: miró entonces al techo pero no encontró en él abertura alguna. Giró en torno sus espantados ojos y la horrorosa convulsion del miedo comenzó á agitar sus miembros. Sobre el cabecero de su cama se alzaba tiesa, rígida é imponente la pavorosa sombra: pero no era un esqueleto como al principio imaginara, era una momia egipcia de parduzco color, inmóvil y amenazadora, envuelta en un ligero manto de blanca y trasparente gasa y cubierta la cabeza con una vacilante y vagarosa corona de niebla. Un sudor frio comenzó á brotar por todos los poros de su cuerpo, y un ligero desmayo embargó sus sentidos, pero logró recuperarse, volvió á mirar y su mirada se encontró con otra aparicion aun mas horrible: la inmóvil y asquerosa momia se habia convertido en una espantosa bruja, que, balanceándose sobre su cabeza, cabalgaba en un pintarrajeado escobon, con cuyo penacho amenazaba tocarle el rostro: vestia un cortísimo y descotado tonelete, que dejaba al descubierto sus demacradas y negras zancas y su apergaminado pecho, y abrigaba su cabeza con una colosal papalina de sucios y larguísimos encajes, que cayendo sobre su frente y megillas, solo dejaba

contemplar los redondos y vivarachos ojuelos, la afilada nariz, y la desierta boca donde vagaba una sarcástica sonrisa.

El infeliz Caralampio estremecido de pavor, no encontraba alientos para mover un dedo, y miraba espantado y con fijeza á la estraña bruja, que comenzó á agitarse sobre su cabalgadura, como preludiando los aires primeros de una danza diabólica y estravagante. Entonces resonó á distancia el eco de un cencerro agitado con violencia y la bruja quedó instantáneamente inmóvil y en actitud de escuchar. Su pobre víctima imaginó que todas las brujas de la comarca habían elegido su aposento para celebrar sus criminales sábados; que aquel cencerro era la señal de haber llegado la hora de congregarse y que no tardarian nada en presentarse todas ante su vista. Entonces intentó escapar y se arrojó con violencia de su lecho. La luz que inundaba el aposento brilló en aquel instante con una viva llamarada, y se apagó rápidamente dejándolo todo sumido en una profunda oscuridad. Caralampio vaciló; pero decidido á huir á toda costa, atraviesa á oscuras la habitacion: llega á la puerta; toca al pasador, vá á correrlo y oye en el mismo instante una voz ronca y confusa que gritaba desde afuera:—Aquí estoy.—Aquí estoy. Tantas emociones agotaron sus fuerzas, y cayó sobre el pavimento preso de un mortal desmayo.

(Se continuará.)

REVISTA MUSICAL.

¿Hay algo mas difícil que escribir una revista musical, cuando escasea desgraciadamente la buena música, y cuando la mala lo es hasta el punto de que no vale la pena de ocuparse de ella? No es esta, ¡oh amados lectores! una manifestacion de modestia, que en este punto sigo la opinion de aquel adagio vulgar, que hablando de la constancia, dice que

es virtud, pero algo rancia.

Así pues, ya que no sobre asunto, veamos al menos de qué se puede hablar sin esponerse á hacer bostezar al pacientísimo lector.

Dos son los teatros que nos suministran materia para esta revista, y en ninguno de ellos abundan las novedades.

El Teatro Real acaba de poner en escena *Los Hugonotes* y el de la Zarzuela, *Por Conquista*, de los Sres. Camprodon y Barbieri. En cuanto á la ópera del maestro Meyerbeer, nos asusta la idea de hablar de ella en un artículo de tan cortas dimensiones. Vamos pues al teatro de Jovellanos.

La noche en que asistimos á la nueva produccion, se representó antes *El Relámpago*, zarzuela del Sr. Barbieri, y aun cuando esta obra no sea una novedad, nos permitiremos decir cuatro palabritas acerca de ella; pues la circunstancia de haber asistido SS. MM. aquella noche, y de haber sido por consiguiente una de las funciones mas brillantes de la temporada, nos hace experimentar una horrible comezon y necesidad de hablar en general de ambas obras.

En cuanto al argumento del *Relámpago* poco podemos decir que le sea favorable. Será sin duda ninguna un asunto precioso para otra cosa cualquiera y podrá estar escrito con la fluidez que es peculiar á su autor; pero no tiene ni una situacion verdaderamente musical. El Sr. Camprodon y los demás autores dramáticos que escriben para este teatro, debieran convencerse de que el *libretto* de un drama lírico, siquiera sea una zarzuela, no puede ni debe tener las mismas condiciones que un drama ó una comedia; verdad que tal vez ellos conocerán y defenderán lo mismo que nosotros, pero que sin embargo no ponen en práctica.

Existe en España la preocupacion de que nuestro hermoso idioma es poco á propósito para la música; y ningun pueblo del mundo, escepto el italiano, habla un lenguaje que mas se preste al canto. Pero para que esto sea así, es preciso que el *libretto* tenga las condiciones artísticas necesarias á todos los idiomas del mundo para poder cantar. Es preciso que el estilo sea elevado y exento de la mas

pequeña vulgaridad, y que los versos por su corte musical, por la vaguedad del sentimiento que espresen y por la sonoridad de las palabras, se presten á ser cantados é inspiren al artista que ha de trabajar una obra musical.

Y esto es tan verdad, que los mejores trozos de música que ha hecho el Sr. Barbieri, en esta como en otras zarzuelas, han sido casi siempre los coros; es decir, los pasages en que no estando sujeto por una situacion determinada, ha podido buscar el germen de la idea musical en su imaginacion, y no en la espresion dramática ó cómica de los efectos marcados por el autor de la letra.

La versificación es bastante descuidada, y como prueba de ello citaremos estos dos versos de los cuales el uno no puede perdonarse ni al mas torpe principiante

En él piensa todo el dia
y en él por las noches sueña.

Digamos algo de la música, que es bastante fácil, y que tiene cualidades que dan á conocer en el Sr. Barbieri un talento que si fuera siempre acompañado del buen gusto seria muy notable.

Nos parece que el autor, por efecto de una preocupacion muy general en nuestro país, hace consistir el mérito de sus obras en que las ideas melódicas sean agradables y de un ritmo marcado y popular.

El Sr. Barbieri que tanto aprecia las obras del inmortal Rossini, no debe ignorar que no basta que una melodía sea buena, si no está convenientemente desarrollada, y que una de las cualidades que mas caracterizan á el gran maestro italiano es el desarrollo de las ideas musicales hasta el punto de no decir mas de lo necesario, ni menos de lo que el oido necesita para apreciar y gozar con una buena melodía.

El primer defecto, es decir la *pesadez*, consecuencia de la demasiada ciencia, es frecuente en los maestros alemanes; y el segundo, la pobreza de medios, que es casi general en las obras que desgraciadamente vemos en nuestro país, es consecuencia de la mayor ignorancia. No es esto aplicable á las obras del Sr. Barbieri, que son diferentes de las que merecerian ser relegadas al olvido y que lo serán el dia en que el público cambie de gusto; pero es muy frecuente en *El Relámpago* el abandonar una idea con condiciones de belleza y que empieza á deleitar el oido para tomar otra de un carácter vulgar y pretencioso, y que sobre ser una exageracion impropia de una zarzuela tiene el inconveniente de resentirse del detestable gusto de la moderna escuela italiana, que no deja de ser una prueba clara de la decadencia del arte musical, por mas que encierre algunas grandes bellezas. No hay en esta obra la gradacion de efectos que es necesaria á una obra de arte; todo tiene igual valor, todo es pretencioso y dá á conocer el deseo de su autor de hacer música de efecto.

Pero lo que es una pesadilla en el Sr. Barbieri, es la instrumentacion; porque ha llegado á ser una verdad entre hombres que pasan por artistas y que no son mas que de la profesion que el principal mérito de una zarzuela es que esté bien instrumentada. El Sr. Barbieri tiene demasiado buen instinto musical para no conocer que la instrumentacion es á la música, lo que la armonía de los versos á la poesia, lo que el color á la pintura y que una poesia con versos muy armoniosos pero que no dice nada, lo mismo que un cuadro de muy buen color, pero que no tiene ni dibujo, ni composicion, ni idea, son obras que desaparecen con la misma rapidez con que se hacen, y que solo sirven para divertir á los tontos. El abuso continuo que el autor hace del triángulo, de los timbales, y sobre todo del fagot, que por su timbre es muy poco á propósito para ponerlo en evidencia, son defectos que fatigan tanto el oido del público que un amigo mio cansado de aquel perpetuo *tin tin* del triángulo, decia en aquella misma noche «daria una onza porque se callara el de los hierros». Los concernantes de esta obra son bastante pobres.

No concluiremos su análisis sin citar un precioso coro de negros del segundo acto admirablemente ejecutado por los coristas, que sea por efecto de estar bien ensayados ó por otra circunstancia, son indudablemente lo mejor que hay en España. El popular tango que

concluye esta obra, es una pieza de bastante efecto que hará las delicias de las comparsas del carnaval.

Nada podemos decir de *Por conquista*, pues ni es bueno ni malo. Es un *vaudeville* falto de interés, sumamente visto y careciendo absolutamente de situaciones musicales.

La música en general es mejor que la de la anterior zarzuela. Tiene un duo entre el vizconde y la criada, que nos dejó agradablemente sorprendidos porque sale de las condiciones que tiene la música que mas se aplaude en el teatro de Jovellanos. El enartrato que sigue poco después, es una de las mejores obras de su autor y digno de cualquiera de las buenas óperas cómicas francesas. El terceto es muy inferior á estas dos piezas, y el principio y el final tienen un carácter vulgar muy desagradable. Antes de concluir, haremos notar al Sr. Barbieri un efecto de instrumentación sumamente exajerado, que ha puesto en el momento en que el vizconde llama á la puerta del cuarto queriendo derribarla. Si se tratara de una ópera seria, qué hubiera puesto el autor?

Tratándose de un argumento y de situaciones que son poco mas que de *vaudeville*, una exageración semejante nos parece lo sublime del ridículo.

JUAN CENI.

COSICOSAS.

En Nantes, es decir y allá en Francia, M. Duprat representando el *Otelo* llegó á entusiasmarse hasta el punto de dar una puñalada de veras á la fingida *Desdémona*. Gracias á una ballena del corsé la herida ha sido leve. Luego dirán algunos que el corsé es antisocial!

En España no estamos espuestos á semejantes perances, gracias á Dios; porque nuestros actores, por buenos que sean y por mucho que se entusiasmen nunca olvidan que todo aquello es de *mentirijillas*.

Habiéndole robado los zapatos á un hombre que tenía los pies tuertos y contrahechos, se contentó con exclamar: «ojalá pueda hacer uso de ellos el ladrón.»

—Señor, cómo gustais que se ponga este pavo?

—Pónmelo en lengua fiambre.

Dos comadres que se encontraron dias pasados en la Plazuela de Santa Ana, se preguntaron mutuamente qué era lo que allí les llevaba.

—«He venido á comprar un canario» dijo una.

—«Y yo un cuervo.»

—«Un cuervo! vaya un pájaro feo.»

—«Si lo es, pero dicen que vive setecientos u ochocientos años, y mi marido y yo nos queremos convencer por nosotros mismos.»

El emperador Carlos I.º de España, tenía un genio violento é incapaz de sufrir que le contradijesen. Un dia disputando con el conde de Benavente se acaloró tanto, que llegó á amenazarle con que le arrojaría por un balcón.

El conde impasible contestó:

—Señor, soy chico, pero peso mucho.

Verificándose en un pueblo los ensayos de una composición musical, á los que asistía el alcalde para evitar que dejasen de hacerlo algunos de los que componían la orquesta, dijo el director al advertir una desentonación: —«Ahí falta un bemol.»

—Pues á la cárcel con él, dijo el alcalde, ya tengo dicho que no quiero que nadie falte al ensayo.

Un oficial cuyo regimiento había huido en una acción, se lamentaba en la mesa redonda de la fonda en que estaba alojado, de no encontrar caballos para la remonta de su gente.

—Nos vamos á ver precisados á montar suizos, dijo chanceándose.

Uno de estos que le escuchaba, contestó:

—En tal caso, caballero, no os sería fácil volver grupas al frente del enemigo.

Viajando por la Península uno de nuestros amigos, se alojó cierto dia en una casa en que había una señorita. El tal, acostumbrado á la buena sociedad de la corte y galante con el bello sexo, al ver que la dama estaba pensativa en el balcon, se dirigió á ella y la dijo con el acento mas cortés.

—Fulanita, ¿está V. filosofando?

A lo que la interpelada repuso inmediatamente.

—¿Pues no vé V. que tengo las manos quietas?

Cierto aficionado á los buenos vinos recibió un dia de un pariente suyo un cántaro de excelente Málaga. Escondiólo nuestro gastrónomo en parage seguro pero no tanto que el criado no tuviera ocasión de hacer un agujero al cántaro por abajo, y beberse sendos vasos del néctar malagueño.

Llegó un dia que el amo quiso practicar un reconocimiento en la vasija, y cuál sería su sorpresa al ver lo que había disminuido el líquido.

—Lo habrán sacado por abajo, dijo un amigo que se hallaba presente.

—Calla, simple, respondió el otro; no ves que no es de abajo donde falta, sino de arriba.

Un estudiante canonista bastante ignorante, no se atrevía á presentarse á examen para ordenarse; para salir algun tanto del apuro, le dijo uno: «retened las respuestas de los que se examinen antes que vos.» No le pareció del todo mal el aviso, y nuestro hombre vá á presentarse unido á varios ordenados. El obispo pregunta á uno de entre ellos, qué haría si una araña cayese en su cáliz despues de la consagración? El preguntado respondió, que se debía tomar la araña muy limpiamente con dos dedos, ponerla sobre la patena y hacerla escurrir la sangre preciosa y en seguida consultarse á sí mismo; si no se sentía una extrema repugnancia debía sin dudar un momento tragarse la araña; pero si aquella no podía vencerse, quemar el insecto y arrojar las cenizas á la piscina.

El prelado vino en seguida á nuestro jóven ignorante, que había estado muy atento á esta respuesta, y le preguntó: «Y vos, ¿qué haríais si un asno bebiese en la pila de agua bendita?»

—«Yo, señor, respondió el ordenando; tomaría el asno muy limpiamente con dos dedos, le pondría sobre la patena y le haría volver toda el agua que había tomado. Despues me consultaría á mí mismo, y si no sentía una extrema repugnancia, sin dudar un momento, me le tragaria; pero si no podía vencer mi repugnancia, quemaría este insecto y arrojaría las cenizas á la piscina.»

De la *Crónica* tomamos la siguiente anécdota:

Una aficionada al teatro quería ajustarse de dama jóven, lo cual solicitó presentándose al empresario y hablando del modo siguiente:

«Caballero: yo soy una *artiz* casera y deseo ajustarme aquí de dama jóven: sé que hay una plaza vacante, que, si no, yo no quiero hacer *destorsion á naide*: tengo mucha *indisposicion* para la *declamatoria*, y en los papeles de *hipocondia* me pinto sola: hago la *virtima* divinamente: me desmayo con mucha facilidad, lloro á la *perfeccion*, canto *arguna* cosita, y si se ofrece una parte de *por medio*; ó cuando nó la *haiga* tambien la hago *con tar* de que me ajuste V. bien; con que beso á V. la mano.»

Inútil es decir que la pobre fué *virtima* de sus locos deseos.

Algunos periódicos *politicos* se permiten tomar nuestras anécdotas, publicándolas en sus columnas sin espresar su origen.

Nosotros aunque *impoliticos* no gastamos tigers, y si alguna vez hemos tomado algo para el SAINETE, hemos indicado la procedencia. Esperamos que esto se evitará en adelante.

Intelligentibus pauca.

LOGOGRIFO.

Con siete letras, escaso,
Un acertijo he de hacer
Que en lucha te ha de poner
Con las musas del Parnaso.

Siete letras nada mas!
Espera, voy al asunto;
Pero aquí pongamos punto.
Escúchame y lo verás.

El nombre de un animal
Intimo amigo del hombre,
Y el apodo ó sobrenombre
De cierto rey principal,
Que allá en los tiempos pasados
Con su fuerza y su bravura
Dióle paz á la hermosura
Y laurel á sus soldados.

Ciertos hombres singulares
Que *aliquando* se presentan,
Y ante nosotros se ostentan
Colocados en altares.

La parte mas material
Del armonioso sonido,
Que es letra para el oido
Y para el ojo señal.

La cualidad mas preciosa
De un alimento cualquiera,
Y la marca verdadera
De la vejez achacosa.

De un navegante, blason,
El nombre, que á España cede,
Y lo que á todos sucede
Al revés que á San Ramon.

El traje que los guerreros
Usaban en otros dias,
Donde las lanzas rompias
Y quebrabas los aceros.

Una cosa dulce y blanca
Que agrada al niño y al hombre,
Y que da fama y renombre
A la ilustre Salamanca.

Cierto célebre escritor
De derecho castellano,
Y allá en el pueblo romano
Uno llamado el censor.

La madre de una señora
Poderosa y sacrosanta,
Que nuestros ojos encanta
Mientras el alma la adora.

Una palabra no mas
De diferente sentido,
Que en uno agrada al oido,
Pero en el otro jamás.

El resultado que encaja
Un catarro en ocasiones,
Y la que usando calzones
Es mujer en la baraja.

En fin, de animal perfecto
Te sale el nombre cabal.

Aciértalo, el animal

Es en todo circunspecto.

¿Aciertas? en conclusion

Del todo cosa casera

Pudiera la cocinera

Darte cumplida razon.

J. B. RAMON.

CHARADA.

Si *tercia* con *cuarta* unida

Le prestan sábia fecunda,

Se ostenta hermosa y erguida

Mi *primera* y mi *segunda*:

Esto lo habrás comprendido

Que quien en ingenio abunda

No debe hacer el marido

De mi *cuarta* y mi *segunda*;

Mas por no dar que pensar

A alguna mente infecunda

Le diré, por no solfar

Mi *tercera* y mi *segunda*,

Que la palabra buscada

Es el nombre de mi amada,

Que gasta, y no de madera

Sino de *cuarta* y *primera*,

El *todo* de esta charada.

REVISTA DRAMATICA.

De bien poca cosa tenemos que ocuparnos hoy. Escepto el ansiado drama del Sr. Fernandez y Gonzalez, titulado *Entre el Cielo y la Tierra*, ninguna novedad tenemos de que ocuparnos.

De este drama hay mucho que hablar, aun despues de tanto como han dicho los diarios políticos. Nosotros solo apuntaremos lo que ellos se han dejado por decir.

Si mal no recordamos, se presentó hace dos años á la empresa del teatro del Príncipe *Lisardo el estudiante de Córdoba*, drama del Sr. Fernandez y Gonzalez que no llegó á representarse, porque una notable actriz no se atrevió á hacer el papel de protagonista que era de muy difícil desempeño.

Con el mismo título se presentó á la temporada siguiente en el propio coliseo, y tampoco lo vimos en escena.

Este mismo drama, disfrazado con el nombre *Entre el Cielo y la Tierra*, se ha puesto en escena en el teatro de Novedades á beneficio del Sr. Valero, en la noche del jueves 11. Su argumento se ha tachado de inverosímil y el drama todo de novelesco. ¿Qué se nos diría si contestásemos á esto, que el autor ha hecho un drama, destrozando una leyenda fantástica tradicional en nuestro país?

Conocido en todas las naciones con el nombre español de *D. Juan*, existe un tipo que todos han cantado y que tiene su origen en un *Lisardo, estudiante de Córdoba*, de que nos cuenta maravillas nuestro romancero.

D. Pedro Calderon, en la *Devocion de la Cruz*; el doctor D. Gaspar de Lozano y Montesinos, en sus *Soledades de la vida*; Mozart, en *Don Giovanni*; Byron, en *Don Juan*; Espronceda, en su *Estudiante de Salamanca*; Zorrilla, en la leyenda *Margarita la tornera*, y en el drama *Don Juan Tenorio*; Dumas, en *Don Baltasar de Zúñiga de los Mil y un fantasmas*.... y otros mil que no recordamos, no han hecho mas que variaciones sobre el mismo tema. Han cogido á nuestro *Lisardo*, le han puesto el nombre que mejor les ha parecido, han aumentado ó mutilado nuestra tradicion, conservando siempre el tipo, y lo han echado á volar por esos mundos de Dios.

Pues esto mismo ha hecho el Sr. Fernandez y Gonzalez: *Lisardo*,

es Lotario; Teodora, es Lindora; Cláudio y el Comendador, conservan sus nombres; pero en cuanto á la accion, ha hecho notables variaciones. Sin duda con la intencion de hacer mas verosímil la conclusion del drama, ha trocado completamente el final de la leyenda, quitándole así el *sabor* fantástico y todo el carácter del asunto; comprendemos muy bien que es mas verosímil que un hombre se case con una novicia, á quien el pontífice dispensa el voto de entrar en religion que tenia hecho, que no que un estudiante calavera sea asesinado al ir á sacar del convento á una monja profesada, y que despues de muerto, vea pasar su propio entierro, y asista á sus funerales; pero tal es el cuento tradicional á que, en la mitad, se ajustó el poeta, y al separarse de él lo ha destrozado completamente. En fin, ha querido hacer un drama del siglo XIX, con un asunto del siglo XVI, y un lenguaje que no es de uno ni otro.

Esto en cuanto á el argumento.

En cuanto al modo de conducirlo ha sido el autor muy desgraciado.

En todo el drama no hay mas que un carácter, el de Lindora. Lotario no es el Lisardo ni el Don Juan, es un carácter frio, reflexivo, á veces apasionado y colérico, pero nunca malvado, nunca calavera: el Comendador es un personaje ambiguo, primero villano é infame, despues protector y generoso; no se comprende que unas cuantas onzas de sangre derramada hagan cambiar totalmente el carácter de un hombre. Cláudio, el hermano de Lindora, no es aquel hermano celoso de su honor y guardador de su hermana; es, por el contrario, un malvado jugador, que quiere especular con la virtud y la hermosura de Lindora, y que se convierte como el Comendador para purificarse en las guerras de Italia.

Las escenas es una lástima que estén tan mal hilvanadas, porque las hay muy buenas, de mucho efecto, y en ellas abundan los mas bellos detalles, los mas profundos pensamientos.

Recordamos la escena del segundo acto entre Lotario y Lindora, en que uno y otro se hallan en una situacion verdaderamente dramática, en que se vé crecer el interés y desarrollarse con fuego la accion.... pero en lo mejor de ella, una relacion de Lotario que debia estar en el primer acto, porque pertenece á la esposicion, hace el mismo efecto que si derramáran sobre nuestra cabeza un jarro de agua fria.

En el mismo acto, despues de caer el Comendador, siguen tres ó cuatro escenas, que en nuestra humilde opinion pudieran muy bien haberse reducido á una muy corta y casi muda.

En el acto tercero hay nada menos que siete monólogos, tres de Lotario y cuatro de Lindora. Esta nos tiene durante tres escenas en una cruel incertidumbre, pues no sabemos si ha tomado ó no un veneno que el Comendador le ha proporcionado. Oimos preguntar á alguno—«¿á qué venia Cláudio al cementerio del convento á media noche?»—pero ¿quién se para en barras?

Todo revela en este drama la falta de conocimiento del teatro y la costumbre de escribir de priesa y para folletines.

La versificacion es muy variada, tan pronto se eleva armoniosa, como se desliza fluida, ó se hace insoportable; tiene muchos resabios de lenguaje y algunas frases enérgicas: de unas y otras damos unas muestras. La plegaria del segundo acto es una bellísima poesia, sentida y armoniosa, se infiltra insensiblemente en el corazon; por falta de espacio no la publicamos hoy en EL SAINETE.

En la escena 9.^a del primer acto dice D. César:

Me place
tener, á la fin, delante
al generoso estudiante
de quien Salamanca hace
continuo elogio....

En la escena siguiente dice el mismo personaje:

Obro solo cuando puedo.

y esto nos recuerda que en un drama, de que no queremos acordarnos, dice Felipe II despues de arrugar entre sus manos un papel:

Ahora.... vamos á obrar!

En la 16, dice Lindora:

Apartad,
y no procureis, insano,
el que os tenga por villano.

Pero á vueltas de estos malos versos los hay tan buenos como los que Lindora dice en el tercer acto:

¡Ay! para sufrir nacida,
¡cuánto triste y desdichada!
¡ayer de todo olvidada,
y hoy de ayer arrepentida!

La ejecucion, como todos unánimes han dicho, ha sido muy mediana por parte de todos los actores; en cambio la primera actriz doña María Rodríguez se ha colocado en este drama á una altura á la que difícilmente se llega sino despues de mucho trabajo y mucho estudio. Hay quien dice que ella ha *salvado* el drama.

No concluiremos sin decir que no ha salido el *verdugo* de la capa *encarnada*, porque sin duda se reserva para las novelas; en cuanto á crímenes no escasean, no hay un solo tipo hermoso y que interese.

El mismo autor ha presentado á la misma empresa su *tragedia* Neron. Allí será ella!

Tambien se prepara en el nuevo teatro *Un dia de prueba* del Sr. Gutierrez de Alba, y una pieza titulada: *No siempre lo malo es malo*.

En el Príncipe ha vuelto á hacer piruetas la Guy Stephan.

Nada nuevo nos han dado en estas fiestas los teatros y tenemos un verdadero sentimiento de ver que el Circo no sale de su apatía.

GERMAN GINEL.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.—
POLICHINELA.

Solucion del geroglífico.

Grandes y pequeños, todos tienen el mismo fin.

Por todo lo que vá sin firma, JUSTO DEL BARRIO.

REMEDIO UNIVERSAL!!!

UNGÜENTO HOLLOWAY.

Privilegiado por casi todos los gobiernos de Europa. Recomendado por los facultativos mas célebres de la época. Conocido con unanime aceptacion en todos los paises del mundo y mas particularmente en España.

Diez y seis autorizaciones y privilegios especiales dispensados por otros tantos gobiernos, al ungüento Holloway atestiguan hasta la evidencia su eficacia curativa.

La mayor parte de los hospitales, tanto militares como civiles, hacen de él un consumo inmenso, porque los facultativos han llegado á convencerse de que particularmente para las enfermedades esternas es imposible encontrar un remedio, ni mas general en su aplicacion, ni mas pronto en su modo de obrar, ni mas seguro en sus resultados.

El profesor Holloway inspecciona personalmente la elaboracion de sus medicamentos.

Los precios de venta al por menor en España son:

Cada bote de ungüento conteniendo una onza . . .	7 rs.
conteniendo tres onzas. . .	18
conteniendo seis onzas. . .	28

Cada bote va acompañado de una instruccion en castellano, que explica la manera de usar este remedio.

Este ungüento se vende en los establecimientos del profesor Holloway, Lóndres, Strand, 244, y New-York, Maiden, Lane, 80.

Los depósitos principales para la venta son:

En Madrid, Esposicion Estrangera, calle Mayor, núm. 10; señor Ulzurrun, calle de Barrio-Nuevo, núm. 11; y Sres. Borrell, hermanos, calle Mayor, núm. 17.

Editor.—D. JOSÉ E. RIVERO.

Madrid 1858.—Imprenta de Julian Peña.—Lope de Vega 26.